

# lecturas

## Mujeres y elecciones: el nuevo clima de la participación

**E**l libro *Voz de Mujer* permite echar la vista atrás, reconocer el camino y sobre todo calibrar la disposición, los sentimientos colectivos involucrados en los modernos procesos democráticos.

Se trata de los testimonios de mujeres que contribuyeron animosamente a la construcción del proceso electoral federal de 1997; puedo decir, por eso, que es un libro manufacturado por compañeras de causa: la causa que quiere afirmar en el país unas elecciones limpias, legales y confiables. Estamos ante un libro que recoge muchos relatos, constancias, anécdotas, las partes vivas del proceso. Este libro encuentra su valor en la naturaleza de los textos: su objetivo principal no es ofrecer teorizaciones acerca de las elecciones sino informar la manera en que mucha gente vive y siente hoy mismo a los procesos electorales en el país, a fin de cuentas nos informa sobre la índole de los ánimos participativos de la ciudadanía femenina.

Los testimonios compilados por el colectivo de "Mujeres y Punto" son sencillos pero elocuentes: con breves pincelazos cuentan el am-

biente, su acomodo dentro de un proceso complejo y lleno de tensiones, cuentan los costos que tuvieron que pagar para poder participar, los apoyos, la indiferencia o de plano la reticencia del compañero, los hijos o la familia; aquí está la historia de lo que les consta a decenas de mujeres, dice lo que no les gusta, pero sobre todo nos habla de su propio aprendizaje democrático.

En las experiencias narradas por las consejeras electorales encuentro una constante recurrente y clara en casi todos los textos, un trayecto que se desarrolla en fases y que puede resumirse así: entusiasmo por haber sido convocada; luego una entrada tímida, a tientas y con desconfianza a la organización electoral; un cierto sentimiento de impotencia ante las facultades limitadas con las que se encuentran; un sentimiento de que sólo se da el visto bueno a decisiones que fueron tomadas desde arriba; un aprendizaje acelerado; después de episodios a veces amargos, una toma de conciencia sobre la importancia crucial de actuar con imparcialidad; el asumir, poco a poco, la importancia de la legalidad; el incremento del trabajo hasta alcanzar el ritmo frenético del 6 de julio y finalmente la honda satisfacción por haber realizado un trabajo útil y llevar a sus casas

el aroma gozoso de las cosas cumplidas.

En última instancia, esa es la íntima estructura de casi todos los textos: del entusiasmo participativo ante la convocatoria a la cautela razonada, del escepticismo a la recuperación, paso a paso, de la confianza.

La súbita conversión de centenas de mujeres en autoridad electoral es un fenómeno que valía la pena subrayar. Su fuerte disposición es un primer dato que aquí se constata, y la alegría participativa es el segundo. Creo que en estos testimonios se ve claramente algo esencial. Si es que existe, aquí se revela el verdadero espíritu democrático: la participación como instrumento de libertad, de esperanza, de inserción en el presente y en el porvenir nacionales. Se agradece en estos testimonios el buen humor, la confesión explícita de un estado de ánimo atento pero también travieso. Creo que estas mujeres quieren decirnos que la vida democrática no es hija de la irritación, de la revancha o de la grandilocuencia, sino que está emparentado mucho más con la alegría del cambio y de la participación.

Sara María Fuentes Zurita empezó su función preguntándose: "esos del IFE ¿querrán que avalemos sus transas?". Luego comienzan su propia trayectoria hacia la

construcción de confianza: conoce a "esos del IFE"; comienza a recibir informes, conoce a los partidos y se interesa en el curso las campañas; confiesa que "cada día se siente más emocionada". Entabla amistad con sus pares y con los miembros de la Junta Local. Ante amigos y familiares, Sara María se convierte en propagandista del proceso electoral: les dice que tienen que confiar, que las elecciones serán transparentes, y "que no va a haber engaños". Su esposo y su hija acaban apoyándola. Ella está interesada en "hacer sus pininos electorales" lo mejor posible. Solicita más informes, más explicaciones. Se gana un lugar en el Consejo por su trabajo y porque se siente escuchada.

María Dolores Lecumberri empieza su labor con sentimientos encontrados: el orgullo por haber sido convocada y la inseguridad por desconocer la materia electoral. Está incómoda. Un representante de partido interviene de una manera poco amigable. Otro más repite la dosis y un tercero hace lo propio. En la lucha electoral, descubre María Dolores, todo está a discusión: hasta los lápices. Incluso piensa como debe ir vestida para afirmar de todos los modos posibles su imparcialidad, "que no fuera azul, de amarillo, de verde o de rojo", por lo que optó por ir de

café, beige, blanco o negro, y a la mitad del relato reflexiona ya como autoridad electoral: los símbolos, las actitudes, los gestos de la autoridad cuentan, "estas cosas nunca me las hubiera planteado... hasta qué punto puede llegar la sensibilidad de los partidos políticos en el proceso electoral". La entrega es importante, el nerviosismo también: "tardó tanto en llegar el primer paquete electoral a mi distrito que cuando llegó lo recibimos con porras y hasta le tomamos una foto". Pero lo más importante para ella fue la entrega de la gente: de la Junta Local, de sus compañeros, de los funcionarios de casilla "lo contentos que estaban cumpliendo con su deber y cómo por ello, el seis de julio se convirtió en un día de fiesta".

Un ensayo crítico, como el de Nuria Vidal, nos informa de sus reservas y desconfianza al inicio de su trabajo; de su inconformidad con los procedimientos de selección de consejeros, con la capacitación que recibieron de parte del IFE, de la falta de oportunidades de contacto con la ciudadanía; del papel del secretario de su Consejo; incluso llegó a pensar que la figura de consejero era más bien decorativa y prescindible. Junto con sus compañeros, tomó medidas adicionales y asistió al Consejo Local del D. F. para ser testigo

de sus resoluciones y de las razones que sustentaron esta o la otra decisión, para entender. Todo eso permitió una cierta recuperación de la confianza, pero sobre cualquier otra cosa Nuria Vidal no pierde de vista lo esencial: "el proceso representó un valioso proceso de aprendizaje y un verdadero ejercicio democrático, el hecho de poder trabajar con tantas personas de ideologías distintas y en ocasiones antagónicas, en un ambiente de colaboración y cordialidad donde se podía lo mismo disentir que tomar acuerdos". La garantía y el respeto al voto pudo darse, dice "en un ambiente de risas y buenos momentos, ya que antepusimos el buen humor y la cordialidad al enojo e inclusive logramos niveles de amistad que trascendieron al trabajo en el Consejo".

Ese clima, o mejor, esos microclimas, en los que se incubó la elección de 1997, es un dato absolutamente crucial. El único ambiente mediante el cual es posible producir confianza.

Resulta más que gratificante el orgullo que casi todas ellas expresan por haber participado, por haber colaborado con el IFE. Anímica y vitalmente se sienten satisfechas y uno lo nota por el tono y el aliento de sus textos.

Debo decir unas palabras acerca de dos temas recurrentes que las

consejeras afirman en sus testimonios: la complejidad de los procedimientos y de las leyes y el papel del consejero electoral en los distritos y en las entidades federativas.

Tienen razón al afirmar que se enfrentan con una batería legal barroca, complicada, detallada y extensa, y vuelven a tener razón al afirmar que esa legalidad otorga muy poco margen de acción a la autoridad electoral. Muchas de las consejeras escriben que querían y estaban en posibilidad de hacer más cosas, de desplegar nuevas iniciativas. Pero la respuesta sistemática de parte de los funcionarios del IFE era frustrante “no está en el ámbito de sus atribuciones”. Sé que esta respuesta puede resultar anticlimática pero tiene una razón de ser muy fuerte y contundente: lo que la ley trata de evitar a toda costa es la discrecionalidad de la autoridad electoral; señala con precisión qué podemos hacer y cómo lo debemos hacer, precisamente porque se trata de evitar maniobras inesperadas, giros, ocurrencias, incertidumbre. En el complicado edificio electoral cada uno tiene funciones precisas, plazos que cumplir, obligaciones ineludibles y límites bien marcados, y esto es así justamente porque durante muchos años en México la historia electoral permitía los actos discrecionales, las ex-

cepciones, la doble vara, la falta de certeza o de plano la ilegalidad aunque ésta fuera movida por las mejores intenciones.

Por eso es que en el IFE se insiste tanto en el cumplimiento riguroso de la ley y en el respeto a las atribuciones de cada quien: es esto lo que organiza la eficacia (porque hay plazos y metas precisas que cumplir) y es esto lo que propicia la certeza: todos saben su responsabilidad y saben con precisión el paso siguiente que vamos a dar.

Tanto rigor legal, ese respeto obsesivo del IFE por los procedimientos es una condición de la confianza. Creo que algunos ensayos logran llegar puntualmente a esa reflexión: el de Carla Huerta que describe de manera elocuente las dificultades implícitas para cumplir la norma, y la exigencia y la suspicacia de los partidos. Al final reconoce el gran sentido que tiene su tarea como consejera: vigilar “el cumplimiento de los procedimientos previstos en las normas”, si logramos algo que parece tan sencillo dice, en materia de democracia “ya estaremos del otro lado”. Y Rosa María González Ramírez descubrió en carne propia que participación ciudadana significa en primer lugar “empujar, obligar al cumplimiento de la ley”, y que cumplir la ley, en medio de las discusiones partidarias, es el

único asidero con el que cuenta la autoridad electoral.

Me gusta mucho el aliento que le imprimen a su trabajo electoral. A pesar de lo minucioso y detallado, de la recurrencia a los artículos de la ley, del tedio y del cansancio, los testimonios nunca pierden de vista que son parte de una construcción y de una misión más importante: afianzar las elecciones como un método reconocido y aceptado por todos. En efecto, es una tarea estratégica de nuestro fin de siglo. Y es la tarea que a los consejeros y consejeras les tocó cumplir: nada menos que verificar que las cosas se hicieran bien, con legalidad y con limpieza, nada menos que testimoniar que las elecciones son una vía que está abierta, sin trampas y sin dados cargados para nadie.

Como ven, no es una misión menor, no es prescindible y tampoco es rutinaria. La tarea que cumplieron estuvo sujeta a la mirada de los partidos y de los ciudadanos; también estuvo en medio de una disputa y una competencia creciente. Doble mérito para todas ellas, que no solamente estuvieron en las trincheras electorales, es decir, en los distritos, en la organización práctica de la elección todavía tuvieron la paciencia de plasmar su testimonio y su constancia.

El proceso de transición política en México ha producido muchos análisis, muchas proclamas, y ha generado también muchas apuestas. En cambio nos están haciendo falta testimonios de esta naturaleza, tener el fresco vivo de lo que la democracia significa para la gente, más allá de los contenidos políticos. Por ejemplo, Cesián Albarrán escribe que su nombramiento como consejera creó una expectativa alrededor de lo que ella iba a hacer y de los acontecimientos políticos previos al seis de julio. Afirma "mi familia se politizó, se interesó y conoció mejor el proceso político de mi país". El contagio de ese entusiasmo cívico a los hijos, a la pareja y a la familia, es otra constante de los relatos: los círculos concéntricos que irradian al mismo tiempo ganas de participar y confianza.

Termino con otra constatación: igual que la globalización, la revolución tecnológica o el desarrollo de los medios de comunicación son datos de partida para entender la realidad de este fin de milenio, las variaciones en el rol social de las mujeres y su mayor participación política son otro dato ineludible. El género es una variable determinante para cualquier esfuerzo por avanzar perspectivas de futuro.

Las mujeres, exigentes, insu-  
misas, están aquí, en el mundo de

la política y lo hacen bien. No hay duda, como lo dice Teresa Incháustegui, que “los climas de libertad, de participación, de activación social son y han sido históricamente, entornos naturales para las mujeres que perciben la relación entre el ensanche del ejercicio de las libertades cívicas y su propia libertad y dignidad. Parte de esto ocurrió entre nosotros en el año electoral de 1997 y de eso trata este libro”; puedo agregar yo mismo que la suerte de la democracia es en buena medida la suerte de la igualdad de las mujeres.

Los testimonios que hoy tenemos la oportunidad de leer confirman una tendencia histórica, de largo plazo, y que es de suyo un enorme dato democratizador: mujeres en marcha que protagonizan una sociedad mexicana de sexos más igualitaria, inconcebible para la sociedad patriarcal y cerrada de la que venimos. Este libro constata las huellas de ese cambio: sobre todo una revaloración sustantiva del papel que las mujeres se autoasignan. Un papel que ya no espera sino que exige participación, la apertura de la cáscara política que

para bien y por salud, está dejando de ser “asunto de los hombres”.

La intensidad y el buen humor, el entusiasmo y la libertad ejercida de las consejeras, muestran a una sociedad que está lejos de la crispación y del desencanto. Que está verificándose un enorme cambio cultural en nuestras narices, que es de profundas raíces y de grandes consecuencias. Tenía razón un viejo alemán, hoy escasamente citado: “cualquiera que conozca algo de historia sabe que los grandes cambios sociales son imposibles sin el fermento femenino. El progreso social puede medirse exactamente por la posición social de las mujeres”. Este libro demuestra de qué manera y con qué dosis de alegría asumen su papel en la consolidación de la vía electoral en México. Es una buena noticia y no sólo para ellas.

**José Woldenberg**

*Voz de Mujer: Testimonios de Consejeras Electorales del Distrito Federal*, Ed. Gernika y Hoja Casa Editorial, México, 1998.